

5246

Discipline

96

Subsec. 1.^a
Dis. 3^a

E.49. 173.

5296

CARTA PASTORAL

QUE EL ILLMO. SEÑOR

DON MANUEL BERNARDO

MORETE BODELON,

OBISPO DE CANARIAS,

ESCRIBIÓ

*para dirigirla á su actual y preamada
Diócesis de Astorga.*



M A D R I D:

Imprenta de AGUADO, bajada de sañta Cruz.

1825.

CARTA PASTORAL

CON EL TÍTULO DE

DON MANUEL BERNARDO

MORETE BODEGA,

OBISPO DE CÁDIZ.

1808

Para imprimir en la imprenta de la Real Academia de Ciencias y Artes de San Fernando.
En la imprenta de la Real Academia de Ciencias y Artes de San Fernando.



MADRID

En la imprenta de la Real Academia de Ciencias y Artes de San Fernando.



A LOS VENERABLES PARROCOS Y DEMAS SACERDOTES
DE NUESTRA PREAMADA DIOCESIS, SALUD Y PAZ
VERDADERA EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Ego sum qui sum : Exod. cap. 3. v. 14.

Qui est misit me ad vos.

Si me preguntasen quién es el que me envió, dijo á Dios Moisés, cuando fue encargado del gran mensaje de ir á consolar á los israelitas, afligidos con el fiero tratamiento de Faraon ; si me preguntasen quién es el que me envió, ¿qué les diré? El que es, le respondió el Señor, me mandó venir á vosotros : asi hablarás á los hijos de mi pueblo, para que conozcan, que á pesar de ser tú un hombre solitario, balbuciente ó tartamudo, eres capaz de sacarlos del cautiverio del tirano que los oprime, median-do el auxilio poderoso de aquel que tiene su ser independiente de otro ser. ¡O piélago insondable de bondad ! ¡O tesoro inmenso de sabiduría la de Dios ! Pudo muy bien con solo su palabra arrancar de entre los hornos abrasadores de los ladrillos á la preamada familia de Jacob, y conducirla en un instante á la hermosa tierra de Canaan ; pero no quiso, porque su grandeza se hacia mas brillante entre los hombres, viendo que á la voz de un hombre desvalido como Moisés, los egipcios se estremecen, Faraon se perturba, y los hijos de Abraham empiezan á concebir esperanzas de libertad. Solo Dios, hermanos míos, es quien ordena sabiamente que las criaturas que antes carecian de ser, lo participen de aquel que es, fue y será eternamente. Solo Dios fue capaz de definirse á sí mis-

mo diciendo: Yo soy. Esta voz asombrosa enrareció las nieblas que rodean el alma del hombre, á fin de que con alguna mas facilidad hiciese uso de la maravillosa idea de un ser infinito, que el Autor de la naturaleza grabó en el espíritu de todos los descendientes de Adán que vienen á este mundo. Es decir, que cuanto sucede en el cielo y en la tierra, viene dirigido, no por un impertinente y miserable acaso, sino por la voluntad adorable de Dios Padre, que sin necesitar de los obsequios ni homenajes de los mortales, los busca, unas veces por medio de inspiraciones divinas, y otras valiéndose de instrumentos, que aunque débiles en sí, se hacen expeditos con solo destinarlos para la consecucion de algun objeto por grande que sea. La obediencia ciega á las comisiones que el Altísimo nos encarga, abre camino seguro para que piadosamente nos conceda los mayores auxilios que necesitamos, á fin de que las diligencias humanas salgan conformes con los deseos del Señor que nos manda. Imposible le parecia á Abraham tener valor para sacrificar á su amado hijo Isaac, y apenas pone por obra este precepto de su Dios, cuando se da por satisfecho de su humildad dejándole intacta la víctima. ¡Qué dificultades no se ofrecen á Moisés al recibir de mano de Dios los diez Mandamientos grabados en las tablas de la Ley, para que los anunciase á los israelitas; y todas las vence con solo limpiar su cuerpo de la lepra, y entregar su voluntad á la del que imperiosamente le manda desde el medio de una zarza, que aunque arde, jamas se quema! Somos pocos, decia el famoso Judas, caudillo fiel de los macabeos, para librarnos de los asirios, pero confiando en el Señor, é invocando su santo nombre, nos haremos fuertes de tal modo, que ellos mismos se avergonzarán de haber violado nuestro templo y el sagrado de nuestras leyes. En nuestros desgraciados dias, hermanos y señores, hemos visto mas de una vez á los españoles desanimados ya de sostener en su suelo la preciosa heredad de la Religion católica, envidia eterna de todos los hereges, y de conservar la importante vida del Rey mas semejante á David en sufrir persecuciones,

en perdonar á sus enemigos, y en impedir, á costa de padecer, la última desolacion de su vasto imperio.

No hay medio mas oportuno, dice un Sábio del siglo XVI, para hacer ménos las calamidades de la vida humana y asegurar la eterna, que la confesion de la existencia de Dios, y el discernimiento en lo posible de sus soberanos atributos. ¿Y quién será capaz de dar con hallazgo de tanto precio, si no encuentra primero con maestro que se lo enseñe? A este fin, hermanos míos, á este fin envió Dios los Patriarcas, los Profetas y los Apóstoles; y á este incomparable objeto está enviando por el dilatado espacio de casi diez y nueve siglos Obispos y Sacerdotes, á cuyo gremio, sin mérito alguno nuestro, pertenecemos nosotros; entresacados por un singular efecto de la infinita misericordia de en medio del pueblo; nos envió para trabajar en beneficio del pueblo; de aquel pueblo, por cuya salvacion se dignó el Verbo Divino, que tambien se dice enviado del Padre, bajar del cielo á la tierra, en donde, despues de hacerse hombre, se deja ver de todos y enseñar á todos, hasta que por último se entrega á la muerte por dar vida á todos. De aquel pueblo, de quien siempre se glorió el Criador de llamarle heredad suya, y heredad de los sacerdotes. De aquellos sacerdotes á quienes llamó el Sumo Sacerdote Jesucristo sal de la tierra y luz del mundo. Los feligreses, hermanos míos, son la tierra escogida, que hallándose infatuada y desabrida por el pecado y la ignorancia, espera ser sazónada con la doctrina del Evangelio, ó iluminada con egemplos de nuestras obras. De éstas toman los fieles un testimonio irrefragable para seguirmos ó desecharnos: de manera, que si el Sacerdote, que debe ser el ojo derecho de cada uno de nuestros parroquianos, fuere lucido, todo el conjunto del pueblo será una antorcha brillante para que nadie pueda ser sorprendido de la noche tenebrósá del error, de la pasion, y del engaño. Para conocer el estado de los pueblos, decia Carlo Magno, no hay mas que atender á la condicion de los sacerdotes. Estos luceros de la verdad enseñan con su

conducta á las gentes á amar solo al Dios que nos hizo y nos conserva; y con su doctrina habilitan el alma para venir en conocimiento de su alto y poderoso nombre. Enseñad primero, encargó el Divino Redentor á los Apóstoles, y despues bautizad. Confesemos de buena fe, que ni la predicacion, adornada con la hermosa vestidura de la elocuencia, ni la magestad de los sacrificios, ni la administracion de los Sacramentos aprovecha demasado, sin que preceda antes la sencilla paternal esplicacion de Dios, de Jesucristo, y de los santos misterios de la Religion y de la fe, la cual, segun san Pablo, entra por el oido. Y ¿cómo ha de creer, sigue el Apóstol, el que no oye; cómo ha de oír sin que le hablen, y quién ha de hablar sin ser enviado? Habla hijo del Hombre, decia el Señor á Ezequiel, y él te oirá: si lo que el cielo no permita, respondemos los Pastores, ya les hablamos, y no vemos fruto: en esto nosotros mismos nos damos la sentencia; porque ó mentimos, ó hablamos mal, ó no hablamos como debemos. Los buenos y malos Profetas se conocen por el fruto de sus trabajos. *Ex fructibus eorum cognoscetis eos*. Bien conoceis, venerables hermanos, que todo cuanto va grabando la pluma, no indica que la voluntad pretenda enseñaros á vosotros, sino excitar las sanas ideas que abriga el alma, ansiosa de ponerlas en claro á los inocentes feligreses, que la divina Providencia puso al cuidado nuestro; las cuales para tenerlas á la vista con algun orden, las iremos exponiendo en los números siguientes:

§. I.

1.º Siendo imposible, aún en el orden de la naturaleza, amar debidamente al objeto que no se conoce, no será mas fácil inclinarse el corazon humano hácia las cosas sobrenaturales, cuya existencia y bondad no se hallan dentro de la esfera de la razon, mientras que no se vea educada por los principios de la gracia. Y aun en este caso, las tinieblas de las pasiones y de la ignorancia pelean fuertemente por cegar á nuestro entendimiento, á fin

de que no distinga la excelencia del bien, como que es el único atractivo del amor. ¡Oh cuán caro cuesta al hombre natural ingerirse en hombre sobrenatural! Para hacer una regeneracion tan asombrosa, el Hijo eterno de Dios, que es tan bueno y tan poderoso como el Padre, se hizo hombre sin perder la esencia de divino, ni la prerrogativa de sábio, hasta pasar los términos de infinito: para el mismo objeto habia dispuesto el Señor, que Abraham y Jacob dejasen su tierra y parentela, como quien empieza por aqui á desnudar de la carne y de la sangre á aquellos hombres, que han de ser la guia espiritual de los demas hombres: de manera, que sin dejar de ser humanos por naturaleza, se hagan celestiales por gracia. *Dii estis.* Y ya vamos viendo bien á las claras, hermanos venerables, el fin principal á que Dios nos llamó al ministerio pastoral. Es necesario tener presente, que por mucho que trabajemos para conocer nuestras ovejas, todo será en vano, si no dirigimos primero nuestros desvelos al santo objeto de que ellas conozcan el propio Pastor, que es Jesucristo, Esposo amado de la madre del rebaño, que es la santa Iglesia. Hagámonos el cargo de que damos principio á la alta educacion de nuestros amados feligreses. Es cierto, les diremos, que este Dios, á quien invocaban en todos tiempos hasta las gentes mas olvidadas de la vida eterna, nadie lo puede ver ni conocer como es en sí en este mundo; pero todos todos pueden venir en conocimiento de él, atendiendo á la preciosa idea ó luz clarísima que á cada uno le fue grabada en su alma al tiempo de la creacion de este espíritu: y de aqui proviene, segun lo enseña la esperiencia de todos los siglos, épocas y edades, que aun aquellos perdidos, que hacen como vanidad de negar la existencia de Dios, claman por este Dios en los mayores apuros y aflicciones. Mas con solo este conocimiento y confesion no se contenta el Criador, por ser demasiado natural, debil y forzoso, digámoslo asi: es preciso, segun mas adelante diremos, buscar los medios mas espeditos, para formar una idea clara y distinta de este Dios inmenso, que no solo es dueño y autor de las cosas que

vemos con los ojos del cuerpo, sino que tambien es la fuente de donde dimanar, como de un principio eterno, todos los bienes que esencialmente se contienen en la region incomprendible de la gracia con una eminencia admirable. Desde el principio se ocupó Dios en infundir á los primeros hombres la celestial sabiduría de conocer en lo posible á este mismo Dios, sus atributos divinos, y su providencia insondable. Adán oye una voz que le manda y le reprende; y sin embargo de que ni aun ve la sombra que le rodea, teme, medita y adora; y cuyos movimientos espirituales é interiores le hacen ir confesando poco á poco, que ademas de aquellos seres hermosos que él registraba en el paraíso y en lo restante del orbe, habia otro ser que cria de la nada, y manda como quiere al que crió: castiga al que se le revela, y premia al que se le humilla; condena, justifica como le pareció justo: todo lo sabe, nada se le olvida: se compadece, se muestra irritado sin padecer mutacion ni injusticia segun los decretos de su incomprendible voluntad.

2.º Les diremos, que este Dios, segun santo Tomás, no es una cosa sola, sino que es todas las cosas, las cuales desde la eternidad se contenian eminentemente en este ser simplicísimo, que saca á luz las que han de ser en algun tiempo; y deja las posibles en el fondo de su poder infinito, sin que pierda ni adquiera perfeccion alguna por las que se glorian de haber tenido ser, ni por las que tan solo pudieron tenerlo. Tambien les enseñaremos con la claridad posible, que si hubiera mas Dios que uno, nadie entre ellos mereceria tan alto y poderoso nombre: se disputarian entre sí el poder, y la repugnancia que envuelven dos seres infinitos, conservarían sin remedio el absoluto dominio de la nada. En las primeras edades del mundo fueron los hombres demasiado propensos á la idolatría, tanto que para evitar que cayesen en este grosero error, tuvo á bien la divina Providencia no permitir á los Patriarcas, ni á los Profetas, ni Sacerdotes que hablasen claramente del inefable misterio de la Santísima Trinidad; contentándose por entonces con saber que Dios es por sí

mismo, que castigará á su tiempo lo malo y premiará lo bueno en el reino de la justicia, dejándose entender lo mucho que le agradaba que los hombres invocasen á cada paso su santo Nombre, que le tributasen alabanzas, y le rindiesen un culto digno segun lo iban enseñando los varones justos y sábios, que de tiempo en tiempo señalaba por caudillos de la sociedad humana, y maestros de la Religion divina, que tuvo su principio en el mundo con los mismos hombres, educados por medio de estupendas maravillas, que se dejaban ver por lo comun entre sombras y figuras: hasta que llegase la plenitud de la época dichosa en que habia de parecer en la tierra el prometido de Dios Padre, esto es, el Verbo Divino Jesucristo nuestro bien, y Redentor de todos los hijos de Adan.

§. II.

3.º Si san Pablo confesaba, que nada sabia sino á Jesucristo, nada sabe el que no lee en este libro eterno de portentos y maravillas de Dios Padre, primera persona de la Santísima Trinidad, que conmovido de misericordia al ver perdido para siempre al hombre, por haber violado el primer precepto que se le impuso en el Paraiso, determinó enviar á su mismo Hijo al mundo para redimir al mundo del pecado y de la muerte. En la dilatada serie de mas de cuatro mil años fue conocido con el precioso renombre de Pimpollo del que ha de venir, del Hijo de David, del glorioso Emanuel, ó Dios con nosotros: mas despues que se cumplió el tiempo decretado por los decretos eternos, para hacerse efectiva la asombrosa Encarnacion del Verbo, que era siempre con Dios, y Dios era el Verbo, se llama Jesus, Jesucristo, y Redentor de nuestras almas, el cual como Hijo verdadero del Padre, de quien procede desde el dia de su eternidad, se gloria de la bondad infinita del Padre, y éste de la del Hijo, de cuyas dos divinas Personas, alabándose mútuamente sin términos ni límites de ser un mismo Dios, procede la tercera Persona que es el

Espíritu Santo, tan Dios como el Padre y como el Hijo, sin multitud de substancias ni repeticion de esencias. Primera es la persona del Padre, segunda la del Hijo, y tercera la del Espíritu Santo; pero no es Dios primero, no es Dios segundo, no es Dios tercero, sino un solo Dios, que por ser infinito, nadie le puede definir si no se define él mismo. Perdonad, amados cooperadores, si acaso, lo que el cielo no permita, me equivoque en la esplicacion de un misterio tan inefable. Bien conozco que la materia de que se trata es demasiado elevada, pero á los Pastores y Párrocos les es absolutamente preciso hablar de ella á los fieles, á fin de que con la claridad posible sepan distinguir un misterio de otro misterio, segun lo tienen de obligacion, si ellos y nosotros queremos salvarnos. El precioso Astete y otros catecismos, es verdad que tratan de esta y de otras santas doctrinas, pero las tratan como deben, muy en compendio, para que los niños se puedan hacer en la memoria con el testo principal, de donde descubrirán á su tiempo los Pastores del rebaño el campo ameno y delicioso de las santas Escrituras, que estan cerradas con sellos tan fuertes, que nadie los pudo quebrantar sino el Cordero con su cruz y sus trabajos. ¡Oh bienaventurados los pies, decia el Profeta Isaías, que marchan á evangelizar bienes de tanto precio! ¡Oh dichosos los Curas que velan sobre el cuidado de sus ovejas, venciendo dificultades, y sufriendo la amargura de la contradiccion para esprimir el escogido grano de la cepa con que fortalecerlos y alimentarlos! Es preciso confesarlo de buena fe, en los veinte años que vivimos á la sombra de los que el cielo se dignó encomendarnos, jamás gozamos momentos mas satisfactorios, que los que ocupamos en extractar las santas Escrituras, con el fin de presentárselas en sazón á los niños, que saboreados de una leche tan dulce, corrian alegres á coger el pan de la mano destinada á repartírselo. Todo lo que está escrito, dice san Pablo, para nuestra salud está escrito. Bien sabia Jesucristo que la infancia pueril era materia mas dispuesta á docilizarse con

el pábulo de la doctrina cristiana; por eso dijo, *sinite parvulos venire ad me*. Ventajas admirables resultan de enseñarla á los niños: al paso que ellos se embrionan en el temor de Dios, los adultos se instruyen sin incomodarse con el fastidio ni el rubor. Ellos mismos se preguntan lo nuevo que oyeron explicar á su Párroco, y estas conversaciones les impiden tal vez otras cantinelas picantes ú horrorosas, que la infame moda llegó á introducir en las bocas de todos. Para cimentar las gentes con solidez en la doctrina de la Ley de gracia, es necesario que sepan quién la instituyó, para qué fin, y por qué medios. San Pablo dice, *finis legis Christus*. Mas la genuina inteligencia que da san Agustin á nuestro propósito, se reduce á enseñar, que el fin de la ley es amar á Jesucristo, lo que no se puede verificar sin saber que Jesucristo es el Hijo de Dios vivo, que se hizo hombre en las entrañas purísimas de María Santísima, cooperando solo, solo el Espíritu Santo, para redimirnos con su muerte del pecado, y darnos egeemplo de buena vida con sus excelsas virtudes: sabed que en este Jesucristo hay dos naturalezas, una divina ó de Dios, y otra humana ó de hombre; que tiene igualmente dos voluntades, dos entendimientos, y una sola persona divina, la cual siendo eterna como la del Padre y la del Espíritu Santo, no necesitaba de la persona humana para dirigir con sabiduría infinita las operaciones de un Dios hombre, que fue el maravilloso resultado de la Encarnacion del Verbo Divino; por lo que deben saber todos, que Jesucristo fue Dios siempre, y que empezó á ser hombre en el mismo instante que la persona Divina unió á sí la naturaleza humana, de la que jamás se desnudará por los siglos de los siglos. *Quod semel asumpsit nunquam dimisit*.

§. III.

4.º No, no por cierto, nunca se desprenderá de lo que una vez tomó, porque nunca dejará de ser Jesucristo, cuyas delicias, segun él mismo lo asegura, consisten

en estar y conversar siendo Dios y hombre con los mismos hombres. Quiso que la union hipostática ó de dos naturalezas, fuese siempre un matrimonio sacrosanto y eterno, que significa al vivo la perpetua union con su amada Esposa la santa Iglesia, cuyo cuerpo místico componen todos los fieles cristianos; ramos verdes que participan todo su vigor ó vida espiritual, de la cabeza que es Jesucristo. Es constante que así como el fin de la ley es Jesucristo, el fin principal de los desvelos y de la Encarnacion de este Redentor, fue el hacer grande, humilde y santa á la Iglesia. *Mortuus est, ut esset sancta.* Cuyo origen, doctrina y demas caracteres, no deben ignorar los fieles como hijos obedientes de tan buena y piadosa Madre. Sigamos pues, mis venerables hermanos, sigamos hablando á los niños de las prerrogativas y hermosuras de nuestra Madre con la misma dulzura y amor con que el Esposo la llama á ella y acaricia. Ven, hija mia, ven única amada mia, ven y descansa en el delicioso espacio de mi regazo: bebe en mi pecho el agua viva de la verdad, para que la enseñes á los hijos del amado. San Juan Evangelista, para poder hablar de los altos misterios que nosotros hemos tocado en esta carta, tambien bebió á llenas en el pecho de Jesus. A los Profetas ya les habia mandado Dios masticar todo el libro de la Ley, á fin de que se hiciesen capaces de explicarla al pueblo en voz viva, como que es mas penetrante que cualesquiera que sea comunicada por medio de instrumento ó señal: á los Apóstoles les llenó el Redentor de Espíritu Santo: despues les dijo: id y predicad á toda criatura; enseñad á conocer mi nombre para que lo alaben: porque segun san Agustin, ni el que no ama conoce, ni el que no conoce ama. Parece que sin querer se resbala la pluma hácia digresiones que acaso ofendan vuestra delicadeza; pero si esto sucede sin intentarlo, diremos con san Pablo: si os entristezco, no es para ruina, sino para edificacion. Si los mahometanos no osan sacudir de su lengua equívoca á su miserable Mahoma, ¿nos avergonzaremos los cristianos de invocar á cada pa-

so á Dios, á Jesucristo, y á la Madre de la verdad en la tierra para hacernos sociables con el cielo, aun antes de salir del mundo? Si los hereges de todas las épocas viven afanados toda la vida con el proyecto desgraciado de aumentar el número de sus prosélitos, que confiesen con ellos los errores groseros y desatinados, ¿nos hemos de retraer los católicos de enseñarnos mutuamente, que fuera de la Iglesia no hay sosiego en la conciencia, no hay seguridad en las conversaciones, no hay salvacion para las almas? Si los filósofos del dia, que son la quinta esencia de los habitantes infernales, no han mirado por afrenta recopilar cuanta inmensidad de heregías y desatinos hubo en el mundo, para vomitarlos á llenas con el fin ratero de confundir las ideas de los hombres, de manera que no llegasen á advertir la multitud de males que son consiguientes á no adorar mas Dios que el vientre, á no venerar mas Iglesia que sus tenebrosos clubs, y á no admitir mas potestad que la que inventa su capricho envenenado con la corrupcion, ¿hemos de vivir descuidados los Obispos y sacerdotes de saber manejar con cordura y energía los santos libros, cuya doctrina, por ser de Dios, refrena los perversos, modera los pecadores, y alienta á los justos para combatir á los sábios del mundo y descubrir los sofismas envueltos en la sabiduría de la carne, que es la madre legítima del error, de la idolatría y de la rebellion? Fuera de nosotros tal pensar. Tratemos pues de repartir á los fieles las armas invencibles que nos presentan las divinas Escrituras: démoselas en masa bien dirigidas, y obligaremos al espíritu del error que emprenda una retirada tan vergonzosa, que se glorie la Iglesia de no ver en su seno sino hijos humildes, fieles y pacíficos. Démoselas en masa para quitar la ocasion á los pretendidos sábios de nuestros dias que manejen á lo ridículo algun otro testo en particular. Acordémonos que Religion verdadera siempre la hubo, desde que habitaron hombres en la tierra, y que solamente, segun san Agustin, adquirió valentía contra sus rivales

al mismo tiempo que heredó el bellissimo renombre de cristiana con la venida de Cristo. En la Ley natural y escrita floreció tambien la Iglesia bajo la direccion de Dios por medio de Profetas, y Sacerdotes que figuraban el sacerdocio verdadero del Hijo de Dios hecho hombre, que ofreció al Eterno Padre su propia vida para satisfacer por nuestros pecados. Esta víctima celestial y pacífica alcanzó del cielo tanta abundancia de dones y gracias para la Iglesia, madre y maestra de la Religion cristiana, que jamás prevalecieron contra ella las armas del demonio, que se hacen mas temibles cuando se vale de la astucia de los hereges, de las invectivas de los filósofos, y de las disertaciones seductoras que estos mismos graban en sus papelones ó juntas de muchos individuos en favor de la razon humana, que la hacen parecer á los ojos de los incautos la maestra única de la verdad: siendo así que este maravilloso resorte del alma, apenas deja de ser iluminada por la antorcha de la palabra de Dios, ó de Jesucristo, que da lo mismo, cuando la vemos tropezar en el escollo de la mentira, del error y del engaño. Nada se aventura en asegurar que no hay luz más sólida en el mundo para el hombre, que aquella que comunica el que dice de sí mismo: *Ego sum lux mundi*. Apagada la lámpara brillante del Evangelio en el hombre, todo lo que queda en su alma es obscuro y tenebroso.

Tristes y miserables aquellos reinos ó naciones que se dejaron desprender de tan hermosa heredad: lo mismo fue abandonar la Religion cristiana y salirse del gremio de la Iglesia, que emprender el camino del error, porque despreciaron la senda de la verdad: demasiado cerca de nosotros viven algunos millones de almas que lloran la pérdida, y ya no pueden remediar los desastres. Lloremos nosotros antes de perderla para no gemir los males cuando no tengan remedio.

5.º ¡Ay de mí, decia Voltaire, viéndose á las puertas de la muerte! ¡ay de mí, que despues de tantos afanes por desterrar del mundo la Iglesia católica, de-

seo con ansia tener á mi presencia un Sacerdote, y sin embargo de estar viéndolo mis ojos, nada me vale el hijo, porque desprecié á la madre!!! Cuando la Iglesia era obedecida y respetada en ciertas potencias de la Europa, salian de ellas santos á millones, y ahora tan solo producen soldados; porque faltando las verdaderas virtudes de los reinos, no se encuentra mas sosiego que aquel que se procura por medio de la inquietud y desasosiego. Las lámparas que servian para el culto, se funden de nuevo para sostener hombres que nos defiendan de la inmoralidad de los otros hombres. Los que antes solo atendian á la moderacion, que insensiblemente enseña la sociedad religiosa, viven ya sin orden político. San Juan decia en una de sus cartas á los fieles convertidos: si yo os enseño á Jesucristo, lo hago para que conserveis sociedad con él y con vosotros mismos; porque lo uno sin lo otro no se encuentra: lo hago porque el que no oye á la Iglesia, no oye á Cristo; y el que no oye á Cristo, á nadie oye: lo hago para convenceros hasta la evidencia, de que es una mentira calificada asentar que guardais sociedad entre los hombres, no conservándola con vuestro padre Jesucristo, ó con su esposa la Iglesia: sin esta sociedad nadie se puede llamar hermano verdadero, sino enemigo declarado de la verdad.

§. IV.

6.º Disueltos los vínculos de union con Jesucristo, se acabó la filiacion viva respecto de la santa Iglesia. ¿Y habrá hombre tan loco que viéndose en esta horfandad horrenda piense de sí que es fiel, que es humilde ú hombre de bien? No nos engañemos, sábios cooperadores, no nos engañemos pensando equivocadamente que los fieles, cuya salvacion puso Dios á nuestro cuidado, tienen bastante para conseguir esta grande obra con solo retener en la memoria el catecismo. En este caso serian superfluas las universidades, los colegios y seminarios, cuya ereccion procuraron los Concilios y los Reyes á instancias

de los hombres mas santos y sábios, con el santo fin de instruir suficientemente jóvenes, para que despues de adultos sepan comunicar á las gentes las altas doctrinas segun la capacidad de aquellos que los escuchan: supérfluos serian los inmensos volúmenes de los Agustinos, de los Tomases, Bernardos, y otros padres y doctores, reducidos á estender la excelencia de la Iglesia, y las obligaciones de los cristianos: supérfluas serian las cartas amenas de san Pedro, de san Pablo y Santiago, dirigidas principalísimamente á hacer una descripcion patética de la mision de Jesucristo, de los caracteres de la Iglesia, y de los deberes de los que se precian de ser sus hijos: los israelitas tenian en la memoria los diez mandamientos que Dios habia dado á Moisés escritos en las tablas de la Ley: mas esto no obstante, el divino Caudillo, á pesar de las ocupaciones políticas que estaban á su cargo, trataba de escritos maravillosos, y de explicarlos con tal energía y cuidado, que por último mandó que á cada uno se le entregasen egemplares, y los custodiasen en el pecho: de todo lo dicho se infiere, que la divina voluntad no quiso, aunque pudo, establecer la Iglesia de repente en el grado de perfeccion á que deseaba llevarla, sino que convenia ir engalanándola poco á poco con hermosuras, y enriqueciéndola de perfecciones á costa de trabajos y desvelos: por esta causa decia el Apóstol á sus feligreses, que le costaban dolores de parto; dolores para escoger y labrar las columnas que la habían de sostener en lo sucesivo sobre la piedra angular que era Jesucristo, y las columnas los Obispos y Sacerdotes; dolores para convencer al mundo entero de que el Nazareno, que acababa de ser crucificado en Jerusalem, era Dios con el Padre y el Espíritu Santo, y hombre nacido de David, Rey y Profeta: dolores para rebatir el espíritu de contradiccion, causado por los falsos Mesías, que de tiempo en tiempo habia de vomitar el infierno para herir el carcañal del Hijo de aquella Muger, á quien estaba prometida la gloria de magullar la cabeza del dragon engañador: si, mis venerables hermanos, siempre hubo hereges,

siempre hubo filósofos, que valiéndose de la sagacidad de la serpiente, seducen á los fieles con relaciones encantadoras para que abandonen la verdadera doctrina de Dios y de Jesucristo, que es la única que nos conduce á la bienaventuranza: filósofos, que arrastrados por las pasiones de la carne, rabian furiosos por ver á sus semejantes en el mismo deplorable estado; procurando fascinarlos con las promesas de una felicidad imaginaria, con las que no escuchan otra voz que la de la naturaleza, excluyendo toda revelacion, á la que apellidan con un descaro inaudito, fanatismo. Filósofos, que previendo la imposibilidad de hacer marchar sus sistemas destructores, á presencia de una Religión que no solo abomina todo lo malo, sino que tambien lo precave y avisa, se prometen destruirla, desacreditando primero á sus ministros por medio de calumnias, cacareos, y asonadas. Y para que no hallen obstáculos poderosos que los contengan en sus proyectos solapados, socaban el trono de los Reyes, que en todos tiempos han sido el firme apoyo de las leyes y de la paz: filósofos, que se desvelan en componer constituciones pobladas de artículos capciosos en que prometen grandes dichas al pueblo, parando estas promesas en hacer su opresion más dura, y su creencia mas irrisible: pintan en sus códigos con especiosos coloridos una excelente soberanía perteneciente al pueblo, de cuyo delirio jamás habló hombre alguno, hasta que pretendió reinar en el mundo la nueva filosofía, ó la desobediencia, que es lo mismo: unas veces escriben, la Nación quiere Religión católica; y á pocas líneas mas adelante defienden, que con el Papa no hay que entenderse para la reforma de las materias y bienes eclesiásticos. David decía de los perversos de su tiempo, que con las palabras honraban á Dios, pero que le despreciaban con los hechos: y los nuestros, de todos modos, á la potestad desprecian, y blasfeman de la Magestad: de manera, que como semejantes monstruos no guardan reglas ni principios para la defensa de su nuevo evangelio, no conviene inclinar á los fieles á que se opongan con racionios

á sus locuras, sino aconsejarles el sabio medio de san Pablo, que dice: con estos, *nec vale*. Y con sobrada razon, porque con harto sentimiento y abandono de la affigida humanidad, nos enseña la experiencia, que si se les saluda con religiosidad, se irritan, voceando que es un servil el que les habla: si se les mira con justo ceño, ó se les trata con silencio, al momento gritan: ¡muera, muera! porque es un traidor el que aborrece sus cabalas. A esta clase de fieras solo Dios las sujeta, *imperet tibi Deus*: lo mismo que sucedia respecto de los fariseos, que abominaban á Jesucristo y á san Juan Bautista, porque tanto la doctrina del uno como del otro no convenia con sus falsas tradiciones. Advirtiendo estos sepulcros blanqueados, estos hipócritas malignos, que los discípulos de san Juan, como veteranos en la virtud y en la penitencia, ayunaban rigurosamente, decian á las gentes: ¿quién ha de creer que el Bautista es un profeta, cuya crueldad llega á tal extremo, que mata de hambre á los que le siguen? A pocos dias envian exploradores á cecilar la conducta del Mesías, que mandaba á los suyos que no ayunasen, por ser demasiado nuevos en la escuela de la mortificacion, y al instante vuelven á Jerusalem clamando: no creais en ese Cristo, porque es un gloton que no permite ayunar á sus discípulos. ¡O malicia cualificada, exclama san Leon! ¿Y qué diria san Agustín si hubiera llegado á conocer las estrellas errantes, esto es, los reformadores de nuestros dias, cuando se quejaba en su tiempo de que vivian hombres tan contumaces, que nadie se atrevia ni á escomulgarlos ni á reprenderlos? Digamos pues nosotros, mis venerables, que para burlarnos de estos escorpiones venenosos, no conviene otra conducta mejor que la que aconseja el divino Maestro: *Sinite illos, quia cæci sunt*. Sin perder de vista el precaveros con vigilancia de unos hombres, que con la capa andrajosa de mejoras, aborrecen todo lo que no va á la par con sus miras: *Videte ne vos seducant*. Hablan sí de religion, y la detestan, porque continuamente les está dando en cara presentándoles sus delitos: ha-

blan de Dios, y quisieran negarlo en su corazon: hablan de Jesucristo, y blasfeman de su nombre: manchan el sagrado nombre del Rey, y no quieren confesarle el poder; sin hacerse cargo estos necios, que es menos lastimoso á la sociedad no tener Rey, que aclamarlo sin poder. El pueblo, segun el Espiritu Santo, es una heredad del Rey, mas el Rey no es una heredad del pueblo, sino para gobernarlo justamente y procurar su salud.

7.º ¿Cuántas veces, decia el Señor á Saul: yo te he puesto sobre mi heredad; cuidala, porque es mia, á pesar de que te la he entregado para su cultivo? Es el pueblo tambien heredad de los Sacerdotes: éstos son responsables delante de Dios, si no velan incesantemente para librarlo de los lobos rapaces, que revestidos con piel de ovejas, insensiblemente la devoran: se durmieron los pastores, reconvinó Dios á Ezequiel, y se contaminó el rebaño; ¿para eso les dí yo mis diezmos, concediéndoles ademas de la tierra que les tocó fuera de la suerte, la inmensidad de ofrendas con que contribuye Israel? No hay duda, hermanos, que mientras los Reyes y Sacerdotes, aquel como señor, y éstos como maestros, sean venerados y obedecidos como tales, jamas tiene lugar la corrupcion, la desobediencia, ni la rebelion. Cuando las dos potestades de Moisés y Aaron marchaban por el desierto con el equilibrio que exigen la política, hija de la prudencia, y la Religion, parto legítimo de la ley eterna, todos los israelitas caminaban alegres á la voz de un espíritu: reconocian y apreciaban los peculiares beneficios, que por medio de estupendas maravillas obraba Dios sobre ellos desde el dia que los sacó del cautiverio de Faraon; vivian sosegados en sus tiendas, é invocaban juntos el nombre de los caudillos famosos que los dirigian por entre las escabrosas sendas de aquellos montes inaccesibles; mas apenas empezó la murmuracion contra las dos cabezas, dió principio la sedicion y el descontento entre los miembros. Antes les parecia poco descalzarse agradecidos para comer el alimento que el cielo les enviaba, y despues de todo blasfemaban hasta llegar á

insultar á los dos hermanos Moisés y Aaron, diciendo, que querian mas volver al dominio del tirano, que les daba á comer gróseras cebollas, que no sujetarse á las suaves leyes de Dios, que los alimentaba con la hermosa variedad de delicadas codornices unas veces, y otras con el escogido maná, cuyo gusto era vario segun la variedad del apétito. Las convulsiones políticas no solo trastornan el órden político, sino que hacen olvidar de la memoria de los hombres el religioso; de manera, que segun vemos, no bien los Reyes dejan de ser respetados y obedecidos, cuando Dios es desterrado con la mas escandalosa ignominia de los paises: empiezan á llover calamidades horrendas sobre los pueblos, sin que se encuentre facil remedio de tamaños males: los Reyes buscan por precision alianza con otros Reyes para contener los rebeldes, y mientras tanto se miran agoviados los humildes: primero suelen sufrir éstos el fiero golpe de las rebeliones, y por último vienen á perecer los que las promueven.

§. V.

8.º; Ay qué de horrores, qué de desastres, qué de confusiones se siguen á la desobediencia de Dios y del Trono!!! Los Reyes siempre vencedores, porque el cielo que les dió el poder, los protege, llenan de luto y de lágrimas á sus vasallos con el aumento de los tributos indispensables á reparar las quiebras irrogadas por la guerra: y Dios, cuyas temibles venganzas nunca tardan, parece que se quiere olvidar de aquellos que se volvieron contra sus legítimos Soberanos: tales son, hermanos, tales son los resultados tristes que suceden á las revoluciones tramadas contra la santa Iglesia, y contra la soberanía de la suprema Persona del Rey, que es el objeto principal á que se dirigen los tiros de los filósofos, por ver si ellos suben á la cumbre del mando: David lloraba amargamente la traicion de su hijo Absalon, no porque este jóven atronado fuese capaz de quitarle la corona que Dios por medio del gran sacerdote Samuel

habia asegurado en su cabeza para siempre, sino porque preveia de seguro, que despues de ver al traidor colgado de un arbol, atravesado su corazon con tres lanzas, habia de ver tambien que el Tabernáculo del Señor se habia de ausentar del campamento de Israel; que habia de ver apedreados los Profetas, degollados los Sacerdotes, y paralizado á lo menos el culto divino. Hagamos pues, señores, cuanto está de nuestra parte para poner en claro á las gentes los grandes peligros que los amenaza, si se dejan seducir por las falsas doctrinas que el demonio ha sembrado en la tierra en estos calamitosos tiempos: procuremos convencerlas con suavidad de santos y amor de padres, de que en todos tiempos hubo engañados y engañadores; pero que en todas las edades fueron castigados los unos y los otros. Húbolos en tiempo de Moisés y de Aaron, cuya muerte pidió un pueblo que poco antes de oír á los sediciosos Coré, Datan y Abiron, los llenaba de vivas y aclamaciones. ¿Y qué resultado vió Israel por seguir las propuestas de aquellos malvados? Veia abrirse las tenebrosas gargantas de la tierra, y tragarse vivos á los tres revolucionarios; y despues vió con asombro caer del cielo una copiosa lluvia de fuego que consumió á algunos millones de almas, y hubiera acabado con todos si no mediasen las eficaces súplicas de Moisés y del sumo Sacerdote, que contuvieron las iras del Señor, que habia de enviar á su Hijo para hacerse hijo de aquella rama escogida del mundo. Húbolos en tiempo del Profeta Elias, quien dejándose llevar del ardiente celo por la honra de Dios, quitó la vida de improviso á cuatrocientos y cincuenta de ellos. Húbolos en tiempo de Jesucristo con el nombre de fariseos ó sábios del dia, quienes conducidos por sus opiniones particulares, se mortificaban y ayunaban rigurosamente con el fin de hacer creer á los judíos que la ley que predicaba el Mesías, no provenia de Dios, sino del capricho de un embustero: los Magos y Nicolaistas se enfurecieron tanto contra la doctrina de los Apóstoles, que no se conceptuaron satisfechos hasta verlos todos sa-

crificados como su divino Maestro. ¿Habrálos tambien en nuestros nebulosos tiempos? ¡ Ah Dios eterno, clamemos todos con el ilustre Judas Macabeo! ¿ Quién podrá resistirles, si tú, Señor, no nos ayudas? si... estos infelices son mas infelices que todos los heresiarcas que les precedieron.... Gloriándose fieles recopiladores de cuantas heregías han abrazado las naciones en el dilatado curso de los siglos, hacen ostentacion de sábios, porque vomitan á llenas contra todo lo sagrado, los desacatos, los sarcasmos y calumnias que se ofrecen á su acalorada imaginacion, auxiliada por la corrupcion y la desvergüenza: de aqui proviene el empeño fatal de hacer á todos libres para sostener reinante el libertinage: de aqui proviene el no guardar sistema para defender su sistema: de aqui proviene en fin, cuales á otros luteranos y calvinistas, que á los primeros pasos de sus revoluciones no conozcan entre sí las ideas de los alumnos que cooperaron á ellas: cada cual se constituye gefe de secta, y sin pensarlo ellos se acaba la union que juraron en la obscuridad de las lógicas. ¡ Oh cuánto conduce que los fieles sepan los ardidés de estas alimañas para no ser sorprendidos de un engaño, que despues cuesta arroyos de sangre el deshacerlo! Para que sepan que el pedir gobierno popular, es lo mismo que aborrecer todo gobierno: que clamar por Córtes, es ambicionar el poder que solo compete á los Reyes: en el año de 1820 apenas se instaló el Congreso, se multiplicaron oradores que saludaban con el dictado de magestad hasta los diputados de partido: abrióse puerta franca á los libros obscenos é irreligiosos, y en acto continuo ya se acechaba como foragidos á los inocentes parroquianos, quienes antes de elegir diputados de Córtes, eran lisongeados como acreedores á una parte de la soberanía. Puesto un Rey en manos de muchos gobernantes, decia un político del siglo pasado, es lo mismo que dejar al capricho del mas atrevido los bienes y costumbres de los pacíficos. Por haber pedido el pueblo de Israel otro Rey distinto del que legítimamente lo gobernaba, sufrió mas de cuarenta años los horrores de

la sedicion, el azoté de la guerra, y la pena incomparable de la incertidumbre. A los españoles por la Constitucion de Cádiz se nos prometia libertad, y no vimos mas que bárbara esclavitud: felicidad, y no palpamos sino desdichas: igualdad, y si alguno se compadecia del desórden y la injusticia, cada uno de los exaltados se juzgaba autorizado para degollar al que se oponia á la impiedad: Religion, y estampan en sus códigos por inviolable que la Iglesia carece de autoridad para dirigir la Religion pura por medio de leyes, tribunales y excomuniones; derogán los preceptos eclesiásticos establecidos por los Papas y Concilios, y alegan que los diezmos y la disciplina eclesiástica está sujeta á la potestad civil, aunque haya sido levantada por los negros alarides de la rebelion.

9.º Prevengamos á nuestra escogida grey, hermanos colaboradores, de los sofismas de que se vale el infernal dragon, para ahogar en nuestra España la semilla del Evangelio: influyamos en su cristiano corazon el santo temor, que si en justo castigo de nuestros pecados llega á desaparecer de su suelo la luz divina del cristianismo, todo el orbe de la tierra quedó sumergido en el profundo caos de la obscuridad, en que vivieron los hombres antes de aparecer en la tierra aquel Jesus que dice de sí mismo: *Ego sum lux mundi*. La mayor pena con que amenazaba el Dios de los ejércitos á los judíos, si no desistian de sus abominaciones, adulterios é idolatrías, era alejarse de ellos; y para abandonarlos de todo punto á los deseos perversos de la carne, los dejaría sin Templo, sin Rey, sin Sacerdotes, ni sacrificio: como efectivamente sucedió á aquellos infelices hijos de Abraham, sucedió igualmente en nuestros amargos dias á ciertas naciones que no nos son desconocidas: y pluguiera el cielo que las conociéramos en el mejor estado que merecen, y que nuestra consideracion les debe desear. No queremos Rey que nos gobierne segun los consejos de Dios, digeron los judíos á Samuel, sino un Monarca que hable como nosotros: y lo mismo fue perder á Moisés, que perder á Dios por amigo: no queremos Rey sobe-

rano, digeron aquellas naciones, sino la direccion de un pueblo libre, que hable con el language de nuestra libertad; y no bien alejaron de sí al heredero de san Luis, cuando desapareció de su vista el Rey y la Religion, que este conservaba triunfante, para hacer triunfante sus vasallos. Volvieron á pedir Rey por la imposibilidad que observaron de poder subsistir de ningun modo, pero no volvieron á pedir á Dios, por no volver á pedir el debido culto que se merece el supremo Ser, y que únicamente le tributa la Religion católica que enseña la santa Iglesia, á quien detestan los autores de las nuevas constituciones. ¡Ah! el corazon se parte de dolor al considerar la miserable situacion en que han venido á parar en los siglos XVIII y XIX las naciones con la ceguedad de sus decantados regeneradores: tan de repente se ha borrado de ellas la idea de verdadera Religion, de divino culto y de Iglesia, que vemos con asombro á las últimas generaciones entrar en nuestros templos, ó por mejor decir de Dios, como si pasáran por el tránsito de un café ó patio de comedias: se rien de los ministros revestidos para celebrar los santos sacrificios; y se preguntan unos á otros en su idioma: ¿para qué será esto que miran nuestros ojos? Ya no aprenden mas facultades que el arte de la guerra, y aquello que la naturaleza inspira por necesario para procurar el alimento y el vestido.

10. ¿Y qué ha sucedido á nuestros amados españoles, desde que empezaron á taladrar sus orejas los malignos silvos de viva la *Constitucion* y viva la *libertad*? ¡Oh gran Dios! ¿quién sino vos impidió maravillosamente que los llamados liberales de la Europa consumasen la obra de iniquidad, envolviendo á esta preamada Península en la misma barbarie que sus émulos lloran sin saber ya por qué lloran? España, la feliz España, que jamás quiso saber el carácter del gobierno representativo, anduvo nadando tres años en la sangre de sus propios hijos, á fin de libertarlos del contagio pestífero que acababa de infestar á otras naciones. ¿Quién sino vos

condujo numerosas falanges para que como Angeles de paz, hiciesen caer de la mano feroz las armas que iban á descargar el último golpe sobre nuestras cabezas, y dejar aisladas las generaciones futuras entre las costas infernales del materialismo, de la ignorancia, y de la furia de una juventud irreligiosa y desmoralizada? Bendito seais, Dios eterno, digamos todos, que ademas de sacarnos con vida de entre la opresion mas cruel y sanguinaria, habeis restablecido en nuestra tierra el trono monárquico con la soberanía que le compete, para que concurra á sostener la Iglesia española en el goce de su inmunidad, en el uso de sus Sacramentos, y en el derecho de sus diezmos, sin cuyos auxilios no puede la esposa criar á sus hijuelos con el pan de vida que le dejó por herencia su amado Jesucristo. En el corto espacio de treinta y siete meses vimos con dolor á nuestra madre desnuda de sus alhajas, privada de sus posesiones, degollados sus ministros, y despojada de los diezmos concedidos por Dios á la santa Iglesia desde que los primeros hombres del mundo se convencieron de la rigurosa obligacion de invocar el poderoso nombre del Criador; y la necesidad de aplacar sus justas iras con humildes generosas ofrendas de aquellos frutos que él solo, y no otro, pudo hacer producir á la tierra. ¡Bendito sea aquel Dios piadoso, clamaban juntos los Padres del Concilio de Orange, que se da por satisfecho de nuestras deudas con darle á él un poquito de lo mucho que él nos da! Por eso el primer paso que han dado los hereges, para desterrar de los reinos la Religion y la Iglesia, ha sido en todos tiempos adular las potestades seculares, concediéndoles la autoridad de disponer segun les parezca en la sagrada materia de diezmos. El inmortal Pio VI dijo respecto de la Francia: ¿abolió la asamblea los diezmos? Pues ya no hay que contar con Iglesia ni con ministros: por desgracia vió el santo Padre cumplida su profecía; y si no alcanzó á nuestra España, fue porque la España abulta mucho en la soberana mente; fue porque el pueblo español, por no haberse

desprendido nunca de las mas preciosas luces de *viva la Iglesia y el Rey*, se halla altamente civilizado sobre las demas naciones, para no dejarse sorprender de las voces huecas de libertad, felicidad é igualdad: saben que no hay otra felicidad para el hombre en la tierra, que aquella que respira el corazon cristiano de haber obrado conforme al espíritu de Dios, enseñado privativamente por la doctrina de la santa Iglesia católica: saben que esta Iglesia como iluminada por el Espíritu Santo, no puede equivocarse en sus direcciones, á diferencia de los filósofos del dia, que no citan mas autores para probar sus delirios, que los escritos de Voltaire, las actas de córtes de otras naciones, arrepentidas, y los gritos confusos de las pasiones carnales, que embrutecen el alma y ciegan sus potencias: *Nolite fieri sicut equus et mulus, quibus non est intellectus*, decia David á su pueblo: digamos lo mismo los Obispos y Sacerdotes al nuestro, y no nos contentemos con decírselo de palabra, sino acompañar á este débil instrumento con el fuerte cerrojo del egeemplo, como nos lo manda Jesucristo; y si aun esto no basta, demos por nuestras ovejas la vida, y seremos perfectos, como lo fue nuestro amabilísimo Redentor. Esto es muy duro, responderá la debilidad humana; no darle oídos: y prestad atencion á lo que respondió Jesucristo á nuestro gefe soberano san Pedro, para hacerle despreciar los temores de su flaqueza: "Pedro.... al que cree, todo le es posible: lo que al hombre le parece insuperable, á la gracia de Dios le es muy fácil." Tengamos presente lo que dice san Isidoro: "es cosa demasiado torpe predicar bien y obrar mal:" y se podrá añadir aqui, y mucho mas torpe que todo es no hacer lo uno ni lo otro. Digámosle que la España es la envidia de las cuatro partes del mundo, porque desde el momento en que fue conquistada á la filiacion de la Iglesia por los dos grandes Apóstoles san Pablo y Santiago, jamás pudieron las furias del infierno separarla de la firme creencia, de que el que vive separado de la fe que enseña la Iglesia romana, no puede tener parte en

el reino de los cielos. Hagámosle ver al mundo, que la doctrina de la Iglesia, ademas de estribar sobre el cimiento sólido de la piedra angular Jesucristo, siempre ha sido una misma en todas las épocas y edades, sin haber padecido la mas pequeña variacion: al contrario los hereges ó filósofos, hoy afirman una cosa como dogma, mañana la niegan como error: empiezan su pretendido evangelio, venerando al mas atrevido como oráculo de la verdad, y acaban llenándole de maldiciones, como autor infalible de la mentira. Tanto mas reiteran sus confesiones de fe, cuanto mas se multiplican los cabezas de sus mentidas Iglesias: nunca pueden arribar á componer con sus artículos otro reino que el de Satanás; y este como dividido entre sí, es desolado de repente.

§. VI.

II. ¿Qué se ha hecho de aquella Iglesia decantada, que iban á reformar Calvino y Lutero, tratando de bestia infernal al sucesor de san Pedro? Ya todo desapareció como el humo: y sólo se encuentran escritas sus contradicciones vergonzosas, para mayor confusion de sus secuaces, quienes andan vagando como los judíos, sin sociedad, sin union, sin maestros y sin cabeza. ¿Qué se hizo de los conventículos de los Arrios, Fraticelos y Flagitantes, que con el fin depravado de envilecer la Iglesia española, siempre una con la de Roma, se azotaban públicamente por las calles y por las plazas? Ya no existe memoria ni de las ramas: *Periit memoria eorum cum sonitu*. ¿Y qué papel representan en el mundo los liberales de España? ¿qué reino han establecido desde el furioso rompimiento con que atronaron el orbe en el año de 20? ¡Ay mis venerables hermanos! Tendieron el lazo de la destruccion universal, y no vieron sus ojos otras ventajas, que poblar este precioso imperio de lágrimas con los saqueos, con los robos y asesinatos; y al fin innumerables familias gimen todavia sus desgracias, y ellos prófugos no logran mas

sosiego que el del odio, la zozobra y detestacion. Pidamos los ministros del Altísimo al Dios de la paz y de la guerra, para que siga obrando sus maravillas en favor de la España; y que olvidados los unos de sus proyectos maquiabólicos ó populares, y los otros de los resentimientos causados por unos hombres sanguinarios, vuelvan todos á recrearse en el sagrado campo de la union, y conformidad con la unidad de un Dios, de un Redentor, de una Iglesia, y de un Rey que sin otra dependencia del pueblo, que la de procurar el bien de todos, hagamos llevaderos los disgustos de la vida humana.

12. Bien podrá suceder que la pluma se haya estendido mas allá de lo que el celo intentaba en el principio de esta carta; pero si así no hubiera sucedido, acaso no llenaríamos nuestros deberes; á los fieles, no solo les hemos de enseñar lo bueno para que lo sigan, sino tambien el mal que los rodea para que lo eviten. San Pablo muy de antemano habló á Timoteo de las astucias rateras de que se habian de valer los filósofos del desgraciado siglo XVIII. Habrá hombres, decia, que acostumbrados á lisongear la carne, no tomarán en boca el espíritu sino para deshonrarlo con el silencio: cerrarán los oidos á toda doctrina seria y grave, y los abrirán á los cuentos y fábulas. El chiste, el sarcasmo y la befa satírica serán los preámbulos de sus canciones alucinadoras, y concluirán sus discursos siniestros, afirmando con disimulo diabólico, que en el hombre no hay mas espíritu que el que se deduce de la potencia de la materia. Por esta causa los Sacerdotes deben pelear siempre contra estas sierpes malignas, cuyas lenguas dobles jamás se extienden derechas, sino cuando se dirigen á los extremos. En el Paraiso sedugeron á nuestros primeros padres con decirles: sereis como dioses, si alhagais el gusto con esa fruta vedada. Y ahora con su conducta y ardides filosóficos nos dicen á nosotros: sereis como bestias, y concluiréis vuestra gloria con la gloria de los deleites. No hay remedio, señores, sino trabajar en todo: *in omnibus labora*. Es un equívoco fatal pensar los Obispos y Sacerdotes

que fuimos elegidos para conveniencias y no para trabajos. Debemos saber que el que nos envió al alto ministerio, dijo á todos en las personas de los Apóstoles: Yo os envío como ovejitas en medio de lobos; y así cuando es preciso salir á campaña, no nos debe retraer el temor de pelear con fieras, porque las armas de nuestra milicia, según san Pablo, no son carnales, pero son poderosas para contener el furioso torrente del infierno: poderosas para combatir todo entendimiento que se opone á la ciencia de Dios: poderosas para humillar á los soberbios á que sigan como corderos los consejos del Evangelio. ¿Y qué armas son estas? La paciencia, la vigilancia, la humildad, y el celo por la Religión de Jesucristo, que es la casa de que hablaba el santo David, cuando decía: el celo por tu casa me ha consumido, y los oprobios insolentes de los que te insultan cayeron sobre mí. Todos los pecados, todas las blasfemias, todas las calamidades de nuestro pueblo deben pesar sobre nosotros, del mismo modo que cayeron sobre Jesucristo todas las miserias del género humano. Abrazar con gusto lo dulce del honor, y la gloria de ser dispensadores de los beneficios de Dios, y desechar lo amargo que lleva consigo el sostener los justos en su justicia, y el atraer los pecadores al camino de la salvación, á fuerza de sufrir, de argüir y de padecer, es hacer nuestro negocio, y abandonar el de las almas que nos fueron encomendadas. Enseñar con dulzura la doctrina del Evangelio á los párvulos, á los humildes y á los pacíficos, es una obligación rigorosa de nuestro encargo; pero no se describe en este leve trabajo un mérito asombroso, este consiste en celar los pecadores con prudencia, en buscarlos á tiempo oportuno, en convencerlos con energía, y en atraerlos con amor. No vine á buscar los justos, dice Jesucristo, sino los pecadores: por estos se afanaba en la tierra, por estos fluctuaba en la mar, por estos lloraba en el desierto, y por estos sudaba sangre en el Calvario, y agonizó en una cruz. Por ventura ¿seremos nosotros mas privilegiados que el mismo Jesús? Nada me-

nos.... Ni uno siquiera de los Apóstoles dejó de morir sacrificado por el furor de los enemigos de la Iglesia y de su doctrina única verdadera. ¿Por qué no hemos de morir nosotros, supuesto que nos gozamos de ser sus sucesores y discípulos, supuesto que nos gloriamos de ser pastores de las ovejas respectivamente? No hay remedio.... O imitar á Jesucristo y sus Apóstoles, ó perderse para siempre juntamente con el rebaño: procuremos, pues, los Obispos y Sacerdotes cumplir con las obligaciones de Apóstoles, y seremos perfectos como ellos: si el mundo nos aborrece, señal es que no somos del mundo, de aquella parte del mundo réprobo, que niega todo lo que no alcanza, y blasfema de cuanto se opone á sus ideas. Si el mundo nos desecha, nos queda el dulce consuelo que primero desechó á Jesucristo, no porque lo quisiese perder con constituciones solapadas y sediciosas, sino porque predicaba una ley que como era del cielo, se oponía á las máximas de la sabiduría humana, que ó nunca edifica, ó siempre mata. El reino de Jesucristo en la tierra, que es la santa Iglesia, no es de este mundo; esto es, no se gobierna sino por principios celestiales, cuya solidez es el mismo Dios que asiste con gracias copiosísimas á los que quieren tener parte con su doctrina: los hereges, los filósofos y revolucionarios pretenden formar un reino independiente de todo lo que se llama con propiedad fruto del reino de Dios ó de Jesucristo; la conexión maravillosa de las virtudes, son las hermosas guirnaldas con que se precian verse resellados los hijos de la Iglesia, ó soldados del Redentor. La justicia, la templanza, el sufrimiento, la moderación, la fortaleza, la piedad y la Religion son las banderas que sirven de guia á los cristianos, para llegar al término de su felicidad. Los Obispos y Sacerdotes, como miembros escogidos, son los que van poco á poco cultivando las cepas de la viña, para que produzca racimos sazonados; y los demas fieles son los que componen lo restante de la heredad, y deben estar dispuestos á recibir continuamente las aguas dul-

ces que se destilan de la boca y conducto de los sagrados ministros, quienes las reciben filtradas del conducto indefectible que reside en la cabeza de este precioso reino, que lo es el Papa. Por esta razon san Pablo deseaba padecer por sostener á Jesucristo en el corazon de los humildes, y se gloriaba de ser anatematizado por los falsos hermanos que se le oponian, esperando que en algun dia los opositores acérrimos de la gloria de la Iglesia, serian el mas seguro apoyo de su doctrina.

§. VII.

13. Vivamos nosotros, mis venerables hermanos, una vida irreprochable, y hasta los mas separados del camino de la verdad, llegarán á hacerse irreprochables; y en el caso de que algunos se muestren en sus extravíos inexorables, diremos, aunque con sentimiento de amorosos padres, lo que decia un santo Profeta. Engañense ellos por su dureza; pero no seamos nosotros sorprendidos de nuestra debilidad y miseria. Seamos fuertes y constantes en hacer la guerra contra la serpiente antigua, y haremos eterno nuestro reino, como lo enseña el santo Apóstol. El retiro, la compostura y el estudio continuado, son los ensayos propios de nuestra milicia: con solo estas tres disposiciones empiezan á titubear nuestros enemigos; y no hallando que reprender en nuestra conducta, emprenden en su corazon nuestro exterminio por medio de la calumnia; mas con semejantes procedimientos atraen contra sí la indignacion del pueblo que los conoce y detesta.

14. ¡Qué gloria para Dios, cuando los Obispos con su celo y su prudencia se hacen amables de los Sacerdotes! ; Y qué consuelo para los Obispos al ver que los Sacerdotes nada ambicionan sino la salvacion de las almas! ; Ver que es tal su delicadeza, que ni aun se atreven á presentarse á sus mismos feligreses sino en las ocasiones que necesitan de su instruccion llena de cordura y sabiduría, y de su ejemplo edificante! Cualquiera

ra particular cumplirá con ser justo , pero nosotros debemos mostrarnos como tales. San Bernardo decia á sus monges díscolos y escandalosos: aborrezco la máscara fea de la hipocresía , y por no verme en la triste situacion de castigaros , os quisiera reprender como hipócritas. Con el mismo piadoso objeto escribia de antemano san Pablo á los ministros de las Iglesias : si hay entre vosotros algun incestuoso , quisiera verlo enmendado antes de ir yo á visitaros. San Carlos Borromeo juzgaba por tan necesaria la perfeccion exterior en los Sacerdotes para la edificacion del pueblo , que no obstante la dulzura y suavidad de su índole , se mostraba enojado al ver un sacerdote por solo una vez con otro vestido que el que es propio á su estado. Esperemos nosotros en Dios , que cuando nos conceda la gloria de vernos cara á cara , nada miren nuestros ojos , sino un hábito modesto , que sea bastante él solo para señalar nuestra modestia á los demas hombres ; unos semblantes tan humildes que sirvan de espejos fieles donde reflejen los brillantes deseos que abraja el alma de que todos nuestros diocesanos vivan contentos bajo el suave gobierno de un solo REY FERNANDO ; á fin de que unidos con el sagrado vínculo de una Real obediencia en España y sus dominios , adoremos á un solo Dios , con aquella santa Religion que enseña únicamente la santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana , cuya elevada doctrina prometemos explicar en adelante, mediando las luces divinas de la Santísima Trinidad , á quien sea loor eterno por el incomparable beneficio que nos hizo á los españoles , determinando en sus secretos incomprensibles que naciésemos al mundo en un suelo tan afortunado , cuyos habitantes todo lo abandonan por no ponerse en peligro de no renacer para Dios en el cielo de la santa Iglesia. Ciertamente , mis venerables hermanos , que ningun hombre sensato nos argüirá con razon de insolentes , por traer á la memoria de los fieles las blasfemias políticas que han vomitado y vomitan los alucinados de estos últimos tiempos, con el fin miserable de blasfemar con plena libertad de

todo lo sagrado. Para conseguir sus proyectados fines, ni reparan, ni perdonan medios: ellos dicen con un descarado arrogante: que es preciso restituir á los hombres al estado puro de la naturaleza, y que esto no se puede lograr al frente de los gobiernos que ha introducido la ignorancia y la superstición: coartemos las facultades de los Reyes, y nos desharemos de ellos al menos pensar. Los Reyes, dicen, no son sino unos mendigos, que reciben de los pueblos el poder que ostentan sobre ellos: sepan pues éstos, que ellos son soberanos, para que concurren con nosotros al exterminio de cualquiera gobierno que no dependa del pueblo. Saben bien que lo mismo es poner en manos del pueblo la soberanía, que acabar con los verdaderos soberanos. Tampoco se les oculta que un paso tan avanzado como este no es facil darlo de repente; y por tanto, se afana la mentida filosofía en circular impresos, que adornados de una elocuencia sofisticada, pintan á presencia del gobierno monárquico el colmo de dichas aparentes con que le sucedè el popular. De aqui vienen los deseos de Parlamentos, de Córtes, ó Cámaras, que si bien suenan nombres distintos, son causas iguales para producir los horrorosos efectos de la anarquía, cuyo monstruo es incompatible con cualesquiera orden político, y absolutamente opuesto á cualesquiera otros, quanto mas al católico, que segun lo enseña la experiencia ha sido desterrado de los imperios con la depression de las facultades de los Reyes. Es preciso hacer conocer á todos la falacia con que proceden en sus planes y discursos; pues de lo contrario logran á lo menos algun tiempo seducir no solo á los incautos, sino á los medianamente avisados, y aun algo mas arriba. En Cádiz fue jurada una Constitucion que proclamaba Rey y Religion, y á pocos meses de extendida por las provincias, se la vió degenerar en magestad, cuyo título se atribuyeron las Córtes: acuerdan entre sí los escritores periodistas de adular altamente á los diputados con el incienso de soberanía representativa, y por último niegan al Rey hasta aquella misma que la Constitucion le habia

concedido con el poder ejecutivo. No intentamos ahora rebajar el mérito de algunos individuos de aquel congreso en oponerse á estas ideas filantrópicas; solo sí advertimos la poca prevision, de que jurada la Constitucion, era indispensable ver arrolladas las prerrogativas de los Reyes, y hollado el decoro de la Iglesia: aborrecer al Rey, y aborrecer la Iglesia, es un sinonismo: como lo es tambien el desear Córtes, y ansiar porque gobierne la confusion de un pueblo amotinado y sin moralidad. Con las escenas trágicas que nos hizo sufrir la desgraciada Constitucion en los tres años de la rebeldía, ya no conciben sus autores esperanzas muy espeditas de volver á gallear en Córtes, creadas á toque de campana, y se consuelan con esparcir la voz compasiva de la necesidad de Córtes por estamentos. ¡Válganos el cielo! qué enfermedad tan incurable la que va acompañada del síntoma mortal que producen en el alma las ideas de anarquía y de irreligion! Jamás declina tan maligna fiebre no siendo á fuerza de cáusticos continuos; y así, ó muere el enfermo hidrópico de humores corrompidos, ó abrasado de sed por no haber bebido lo que deseaba. Las Córtes se componen de muchos, cualesquiera que sea el modo de su instalacion: las Córtes se rozan demasiado cerca con el supremo poder. A las Córtes, aunque sean por estamentos, han de concurrir sugetos, quienes no pueden olvidar fácilmente la gran porcion de empleos que cupieron en suerte á sus antepasados: las Córtes, en fin, por moderadas que se junten, y adictos al Monarca, no pueden menos de escitar la curiosidad popular; y por consiguiente forzoso han de pasar los límites del consejo, y pasar á la cumbre del mundo. Los primeros parlamentos que se vieron en Francia hace algunos siglos se glorriaban de extender la jurisdiccion del Rey sobre materias eclesiásticas, y á pocos meses le robaron toda intervencion en lo político. Tan sola la salud del pueblo, manejada en Córtes con imperio inviolable, alarma sin sentir las pasiones del pueblo mas pacífico y obediente. Los Reyes católicos mientras se vieron embarazados en la pre-

sencia de Córtes, vivian con el disgusto de mirar á su reino casi siempre como en estado de conquista; y apenas se sacudieron á costa de sufrimientos pesados de una compañía tan odiosa, por el espíritu de provincialismo, que cada uno suele aparentar para cubrir su egoismo, con una facilidad maravillosa hermosearon las mejores poblaciones con magníficos edificios, multitud de catedrales, é inmensidad de iglesias y parroquias. ¡Qué vida tan sosegada vieron nuestros abuelos en las épocas en que ni aun los mas políticos oyeron tomar en boca los nombres de Córtes, de poder, ni de soberanía! Díganlo sino los reinados felices y mas cercanos á nosotros, especialmente la Religion en su auge, que floreció en tiempo de Felipe V, Fernando VI, y la abundancia asombrosa que proporcionó el celo y suerte feliz de Carlos III, quien con solo el dictado de católico Monarca, como él decia, se hizo temer hasta de aquellos que se precian absolutos colosos marítimos: y el mismo brillo hubiera seguido en el reinado del inocente Carlos IV, si el infierno no hubiera franqueado sus puertas al feo dragon de la filosofía, que tantos años estaba suspirando por asomar en España la mala figura de sus muchas cabezas: al fin la sacó. ... ¿Y qué hemos visto, señores? ¡O gran Dios! si no es posible, á lo menos muy difícil, encontrar en las generaciones presentes pincel que pinte con propios colores la rapidez con que se vió amanecer en España la negra nube de la desolacion; y se hubiera verificado seguramente hasta acabar con el último individuo, sino por la preferencia de los Borbones, en perderse á sí, por no perder á sus vasallos. Carlos IV, aquel Carlos IV, símbolo de la paz y de la prudencia, habia observado la vigilancia con que su padre contuvo el empeño obstinado que mostraban algunas naciones descatolizadas para introducir en la patria de san Fernando el mismo sistema de gobierno, que á ellas tenia cautivas en la nueva barbarie de oír disputar desde las Cámaras ó Córtes los derechos de los Reyes, con el fin disimulado de hacer vacilar á los concurrentes de la obligacion de obedecer, y

de la rigorosa necesidad que tienen los hombres de adorar á la verdadera deidad que manda. Obedeced al Rey, obsequiad al Rey, ofreced oraciones y sacrificios por el Rey, para que gobernándonos con equidad y justicia, paseis la vida transitoria con esperanza de la eterna.

15. Samuel llamó hijos de Satanás á los magnates que no quisieron ofrecer presentes al Rey Saul, que fue el primero y el mayor de Israel; y porque acababa de ser señalado por Dios para único libertador de su heredad escogida. Naval, viendo pasar los soldados de David cerca de su casa, les negó el socorro del dia; y por esto solo perdió á los ocho dias todos sus bienes, á sus hijos, á su muger, y la vida. En todo lo dicho se ve claramente que Dios no encargó el régimen y cuidado de su pueblo al mismo pueblo, ni en masa, ni en representacion; asi conozcan las gentes, que todos los hombres que lleguen cerca del trono, no tienen parte en él sino para objetos que el Rey les prescriba: buen cuidado tuvo Moisés de no dejar en duda las atribuciones de aquellos hombres de valor y sabiduría que su suegro Jetro le aconsejó llamar cerca de sí, á fin de que le ayudasen en el despacho de tantos negocios como se agolpaban sobre sus hombros, relativos al pronto y feliz gobierno de Israel: vosotros, les dijo Moisés, dareis expediente á los asuntos comunes y de fácil providencia, dándome parte de cuanto hagais en este encargo, que yo, y no otro, os encomiendo: á mi cuidado quedan reservados todos los negocios árdulos, especialmente las causas de las viudas, y la proteccion del santuario, sobre el cual entenderá el sacerdote Aaron. Previó tanto Moisés aconsejado, como Jetro consejero, que si el pueblo ú otro particular elegia las córtes, que habian de hacer conservar el solio, peligraba su soberanía, y por consiguiente la tranquilidad de sus vasallos: por cuya causa, desde los principios de este acontecimiento detallaron hasta donde se extendian las facultades de sus consejeros. David tambien convocó alguna otra vez muy rara á córtes, pero nunca para mandar ni decretar, sí para oír

y hablar instructivamente. Previó con tal cordura el santo Caudillo las fatales consecuencias de soltar su poder y su espada de la mano, que habiéndose ausentado por pocos dias de la presencia de su pueblo, en el momento lo vió entregado á la disolucion y á la idolatría.

16. Observó tambien Carlos IV en el año de 8, que era llegada la hora de que en España reinasen las novedades que habian puesto en una temerosa convulsion á otras naciones: acuérdase por fin de que su edad achacosa no era á propósito para rebatir ó hacer menos el inmenso número de desgracias con que iba á ver afligido su embidiado imperio; y señala, cual otro David, á su Salomon FERNANDO, á quien Dios tenia reservado para templar, á fuerza de sufrir, la furia rabiosa de sus enemigos y los nuestros; y sostener en medio de borrascas infernales el espíritu de obediencia y de religion, que si llegaba á obscurecerse en España, desaparecería en el orbe de la tierra la memoria de los Reyes, de Pontífices, de Sacerdotes, de Dios y templos. En efecto, señores, así sucedió; porque FERNANDO en la carrera succesiva de tantos sucesos maravillosos, se hizo mas acreedor á la gratitud y veneracion de los tronos y de las tiaras, que el antiguo Neemías: á éste le condujo su política al cautiverio de Babilonia, despues de destruido el templo de Jerusalem, con el fin de obtener del mismo tirano licencia para reedificar la muralla de su capital de los hebreos, para convocar los sacerdotes, y reunir los judíos dispersos: á aquel le dirige su inocencia desde Madrid á Bayona, en donde con desinterés generoso y respetable se burla del tirano poderoso de los siglos, que hacia ostentacion de ser árbitro en la suerte de los Borbones, y de la Iglesia cristiana: obliga desde el cautiverio de Valençey, que al frente de las reliquias del egército, confiese que el REY FERNANDO le perdió, y que le ponga en libertad el senado de París, antes que llegue á saber que ya no existe Bonaparte sino para servir de ludibrio á los españoles, quienes con solo la voz de VIVA FERNANDO, acabaron con el protector de los filósofos materialistas del

siglo XIX. Sí, todo esto hizo FERNANDO, y todo esto es nada respecto de lo que hizo en el largo espacio de tres años y medio que vivió arrestado bajo el dominio regicida de los liberales de España: pero en otra ocasion hablaremos por extenso á nuestros diocesanos del portento de maravillas que la Divina Providencia obró con nosotros por medio de FERNANDO. No hay remedio sino confesar con la triste experiencia de los siglos calamitosos, que los Reyes que por cualquiera accidente vean dividirse su soberanía, los pueblos vienen á quedar sin gobierno, y los Soberanos sin poder.

§. VIII.

17. Repetimos, venerables hermanos, que debemos advertir á nuestros feligreses el que se estremezcan y tiemblen apenas vean que un puñado de hombres, con el título de representantes del pueblo, se abrogan la potestad de legisladores, y de juzgar los derechos de los Reyes. Se podrá reponer, que las Córtes, creadas por constituciones, traspasan todas la raya de sus poderes, como se ha visto en nuestros dias, hasta cebar las guillotinas, fusileos y cadahalsos con la mejor parte del pueblo, á quienes ellos arrancaron el voto por medio del engaño y de la violencia; pero que no sucede asi en las Córtes ó gobiernos representativos instalados por estamentos, cuyos individuos deben ser escogidos entre las clases de nobleza y Clero. A esto decimos que mas daño ha hecho á la humanidad el juego artificioso de voces, que los mentidos racionios de los filósofos, y el manejo de las espadas desaforadas de soldados constitucionales. Hombres de todas clases componian las Córtes de la rebellion, y sin embargo se decretó en ellas la ley marcial contra los que se declaraban defensores de los Reyes y de la Religion de sus padres: habia eclesiásticos, y negaron al padre de la Iglesia la facultad de ordenar y disponer en cosas eclesiásticas: habia nobles, y votaron contra la nobleza: se extinguieron los monasterios, se

abolieron los diezmos, y echaron entre sí suertes sobre el patrimonio de Jesucristo. En una palabra, ¿se celebran Cortes bajo de cualquiera concepto? Pues ya todos somos esclavos de las furias de los soldados, de la ambicion de los representantes, de las locas embriagueces de las sociedades, de los cafés y de las asonadas de los hereges. Para confirmacion de estas verdades, no hay mas que volver los ojos al negro cuadro, que todavia nos presenta la memoria de los horrores y desastres que llovieron sobre nosotros en los aciagos tres años en que Riego llevó la voz de iniquidad. Si á la Constitucion de los españoles no hubiera precedido la de los franceses, podria tener lugar la disculpa respecto de algunos que concebian esperanzas de mejorar la España con nuevas instituciones; pero habiéndose olvidado de ensayos tan horrendos como críticos, no merecen otro elogio que decirles: *Erraverunt à ventre*. Ellos se equivocaron, y nosotros nos perdimos. Clamemos pues todos con un corazon ansioso de la paz, que la España no tiene necesidad de leyes ni de cartas, sino de observancia de las que tiene, y tan cuerdas y justas, que nadie es capaz de enmendarlas. Es cierto que el curso de los tiempos exige necesidad de reformas: pero ¿quién las ha de hacer? ¿la Constitucion? ¿la Carta? ¿las Cámaras? ¿las Cortes? ¡Oh cielos! La primera bronca voz que oimos salir de las gargantas liberales en el año de 12 en Cádiz, y en el de 20 en toda la Península, fueron las de reformas, garantías, luces, libertad, felicidad é igualdad. Y al fin no vimos sino atrocidades, atropellos y exterminios, tanto, que por último llegó el desgraciado dia en que se decretó en Sevilla la deposicion del Monarca y el plan indecente de que no hubiese en nuestro reino otro culto, que aquel que cada particular quisiese sostener. ¿Y qué mas se hubiera seguido á esta descompostura de nobles é innobles reunidos en Cortes, si la divina Providencia no hubiera enviado á España el remedio al tiempo oportuno, en que ya se poblaban los aires con los horrendos gritos de vamos á degüello?

18. Permítasenos asegurar por último, que cualquiera que suspire por gobierno representativo, se debe mirar como sospechoso contra la magestad divina y humana. Tamaños peligros se han de precaver desde muy lejos; como sucedió en el sábio cálculo del Rey Salomon respecto de las tramas humildes de su hermano Adonías. Este Príncipe vivía muy inquieto por usurpar la corona á su hermano; y para el logro de tan depravado fin, suplica á Bersabé, madre del Rey, para que pida á este una parienta muy sagrada suya, á fin de casar con ella: apenas oye Salomon la consulta de su madre, lleno de sobresalto, le responde: ¿por qué no pedis claramente la corona para Adonías? Venga aqui ese traidor, prosigue el Rey, y al momento mandó quitarle la vida. No permita Dios que por valernos de este egemplar á nuestro propósito, se entienda que nuestro corazon se inclina á las ideas sanguinarias: *Absit*. Fuera de nosotros semejantes pensamientos: si David, uno de los mas queridos del Señor, desmereció el encargo de edificarle un templo material por haber derramado mucha sangre, aunque en guerras justas, ¿cuán reprobables no seríamos los Sacerdotes de la Ley de gracia, que somos llamados templo del Espíritu Santo, si en vez de templar las justas iras de Dios y del Rey, clamásemos por sangre de nuestros hermanos á pesar de ser fieros y extraviados? Nada menos que eso: nosotros mediadores entre el Señor y su pueblo; por lo mismo debemos clamar incesantemente con aquel santo Profeta, que entre el vestíbulo y el altar decía: *Parce, Domine, parce populo tuo*. En la poblacion soberana de los cielos no existe mas pueblo que el justo, pero el de la tierra que nos está encomendado, se compone de justos, de pecadores, de moderados, de indiferentes, y de exaltados: por los primeros, que componen el número mas pequeño y hermoso, debemos rogar y pedir por su justificacion permanente; debemos llorar y gemir amargamente hasta por los demas. La divina misericordia por medio de su gracia, y de nuestros sacrificios y oraciones fervorosas y

continuas, se digne ablandar sus corazones de piedra, y conducirlos á la verdadera confesion de un Dios, y á la obediencia de un Rey; para que unidos con nosotros en una misma fe y en un mismo bautismo, vivamos sumisos y obedientes á una sola Iglesia, cuyo gefe soberano es el Papa, cuyos miembros principales son los Obispos, á quienes dijo Jesucristo, que ellos eran los dispensadores de los beneficios de Dios. Entonces sí que diremos con una gloriosa satisfaccion, imitando á san Pablo: *O quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!* De manera que cuantos profesamos la fe que Jesucristo enseñó, y los Apóstoles nos anunciaron, formamos el cuerpo de la Iglesia; mas no por eso debemos pensar que todos somos miembros de un mismo rango, destinados á un mismo egercicio: la cabeza del cuerpo humano, los brazos y el corazon, son miembros, y sin embargo, segun el Apóstol: *non eundem actum habent.* El Papa es la cabeza, los Obispos son hijos y maestros, y los Sacerdotes ocupan despues su lugar preferente; contando siempre con que el Rey es el hijo primero y preamado de la madre, porque al mismo tiempo que la obedece con su humildad, la defiende con su poder, y la protege con su sombra. Entonces sí que no se verán en los reinos aquellas divisiones y partidos que florecen entre los hereges y filósofos, que abrasados con los deseos de eregirse cada uno en gefe y apóstol de su doctrina, no hacen mas distincion de miembro á miembro, que la que se advierte en un monstruo: el uno toma el bautismo liberal, el otro de comunero, este de mason, y aquel de republicano; y por último resulta, que á nadie reconocen por padre, por madre, ni por hermano: resulta, que no pudiendo ellos sostener sociedad política ni Religion, andan delirando con sistemas de gobierno, hoy uno, mañana otro, y al dia siguiente ninguno: resulta, que viendo que ninguno de los partidos puede contar con seguridad de sus gobiernos ni de sus vidas, á todos nos envuelven en la confusion, en la desconfianza y en la servidumbre: cada cual, por defenderse de

su contrario, sin saber á punto fijo quién es, abraza un rumbo distinto: asiéntanse auxiliadores, fórmanse escuadrones, reúnense ejércitos; y el Trono, la Iglesia y los pueblos mas sosegados, vienen á ser el teatro de una civil guerra política. ¡Ay del vencido! ¡ay del vencedor! Aquél perdiendo la batalla, pierde tambien la paciencia; y éste ganando el triunfo, se pierde á sí mismo.... Y en esta situacion tan miserable, ¿á quién apela el desgraciado por consuelo? ¿al Rey? Este no existe sino para recibir ultrages y baldones. ¿A Dios? Este no es conocido sino para ser blasfemado en sus santos y ministros: el padre entonces, como lo anunció el Evangelio, persigue de muerte al hijo, éste al padre, y aun al amigo que poco antes habia concurrido á delinear los planes de regicidio, de rebelion y de deismo. La juventud es arrancada del seno de sus familias, y entregada á una oficialidad de revolucion, vuelve á su casa amarilla, desnuda, cuando no corrompida: ¡ah cuán dichosa sería la humanidad, si pudiéramos vivir sin soldados! Estos serian felices en cualquiera otra ocupacion, y los demas se verian aliviados del enorme peso de contribuciones que abruma á los vasallos, y distraen con inquietud á los Reyes: desaparecería de la sociedad la insufrible carga de alojamientos y bagages, y no habria ya mas males que temer, que aquellos que se originan de los humores de una naturaleza corrompida por el pecado. No obstante, ya que todas las calamidades dichas no sean fáciles de ser cortadas de raiz, á lo menos se harán sumamente llevaderas, con solo conseguir que nuestros filósofos regeneradores no vuelvan á hablar desde tribunas, salones, cámaras ni parlamentos; porque en este caso los Reyes, gozando el lleno de potestad que Dios, y no otro, puso en sus manos, y mirando como causa propia el bien de los vasallos, contendrán con desvelos de amorosos padres los atrevidos deseos de venganza: mientras que la santa Iglesia reunida, no en Córtes, sino en Concilios, segun lo practicaban los Apóstoles, procura atraer á sus hijos pródigos al olvido de lo pa-

sado, y dar tal vez ocasion, de que los opositores mas crueles de la verdad, sean las ovejas mas dóciles del rebaño.

19. Y ved ya, venerables hermanos, á que se reduce nuestra primera salutacion: á ensayarnos en hacer ver á nuestros feligreses la necesidad de conocer á Dios y á Jesucristo para amarle: lo mucho que les conviene conocer las invenciones de los materialistas del dia para precaverse de sus mañosos artificios; y la inmensidad de males que hacen llover sobre las naciones las promesas de felicidad, que capciosamente nos aseguran los gobiernos populares, que mas ó menos declarados, son todos aquellos que socaban el justo poder de los Reyes legítimos y cristianos católicos. No nos descuidaremos, queriendo Dios, en ir desenvolviendo cuanto juzguemos conveniente á la quietud de nuestros hijos en Jesucristo, en cuanto conduzca á proporcionarles la dicha eterna. Os anunciamos la visita á que daremos principio, no lo impidiendo el Señor.

20. Ya nos parece tarde el empezar á veros, no para incomodaros, sino para ayudaros en el santo ministerio: no para pedir á Dios ni á los hombres ocasiones de castigar defectos, sino para excitar lágrimas con que llorarlos, siguiendo aun en esto al Profeta David: los que siembran su semilla regada con sollozos, siegan en alegría: no vamos á entristeceros con la tristeza, sino á alegraros con la contricion: de modo, que los defectos exteriores de que somos susceptibles como hombres, los enmendaremos como Sacerdotes, observándonos con caridad propia de Apóstoles; y si aun asi no los advirtiésemos, nos avisaremos como hermanos: hay varias cosas, que aunque en las gentes no arguyan defecto, lo ocasionan en los Sacerdotes. El sumo Pontífice Pío VII cuando regresó en el año de 14 desde Francia á la capital del mundo cristiano, dijo á los Clérigos de Roma: absténgase vuestra moderacion de vestir pantalon, chaqueta, sombrero redondo y lazo en los zapatos; basta que semejantes trages diesen principio á su uso con las

atrevidas innovaciones de nuestro siglo ilustrado. Es constante que los Clérigos en todos tiempos fueron distinguidos entre el resto del pueblo por el adorno talar, por la compostura moderada, y por un semblante sério y afable; pero ahora mas que nunca nos convienen los consejos saludables de san Pablo: la gravedad, la entereza y el retiro, hará invituperable nuestro ministerio; para que como dice en otra parte, hagamos ver que hasta con el cuerpo glorificamos á Dios llevándole en el cuerpo. Por lo que mira á los defectos interiores, aunque, lo que el cielo no permita, merezcan el terrible nombre de delitos, los enmendaremos oyendo predicar á los Santos en sus sermones y virtudes, leyendo y meditando sin cesar las santas Escrituras, como le sucedió al grande Agustino con la compañía de san Ambrosio, mediando tambien la lectura de aquella carta del Apóstol, que descollándose desde la higuera, le puso el Angel en la mano diciéndole: Toma y lee, toma y lee. ¿Quieres, Agustino, dejar los errores de los Maniqueos? ¿quieres templar ese humor picante que te abrasa? ¿quieres convertirte á Dios? Pues deja primero las embriagueces, no entres en los aposentos inmundos, lávate de las impurezas, y no escuches la impiedad. Poco adelantaremos los Obispos y Sacerdotes en nuestras visitas, si antes de salir á reformar conciencias y cosas ajenas, no dejamos primero reformadas las nuestras: *Qui domui suæ præesse nescit, quomodo Ecclesiæ Dei diligentiam habebit?* Reformemos nuestras costumbres, hermanos amados, y contemos de seguro que todos imitarán nuestro egemplo. Nuestras palabras no excedan del número de las precisas para no dar ocasiones á las familias de emulacion ni de desprecio. Mientras el miembro de la lengua se mueva con régimen, no hay que temer á la descompostura de los demas: esta es la daga que mató á nuestro Redentor: ¿qué mucho será que apague entre los vecinos, las casas y los reinos, la vida de la concordia, de la paz y de la compasion, y que avive la llama voraz de la envidia, de la discordia y de la guerra? Vuestra conversacion sea redu-

cida al sí y al no ; porque siendo menor el número de palabras , menor será el peligro de las ofensas , dice Jesucristo : pero sobre todo , lo que mas aprovecha en las conversaciones de los Eclesiásticos , es no dar pábulo á la maledicencia de los hermanos : para evitarla , enseñaba san Pablo , el que come no desprecie al que no come , y el que no come no juzgue al que come ; porque al uno y al otro Dios los toma á su cuidado. Bien vemos que el encuentro , el choque y la disputa es inevitable en la triste condicion humana ; pero trabaje enhorabuena el entendimiento , y no se tuerza jamas la voluntad. Disputaba san Pablo , san Bernabé , y aun san Pedro , dejando siempre en su lugar el respeto , el amor y la dignidad : hijos míos , concluía san Juan sus sermones y avisos , amaos unos á otros , y cumplireis con toda ley. Por fin , tengamos siempre presente , que para dar los primeros pasos de la virtud ó del bien vivir , que es lo mismo , cuesta inmensos disgustos y trabajos , mas despues no se puede vivir sin vivir bien ; porque en este caso todo un Dios se empeña en nuestro favor ; el Padre nos alienta con el consejo , el Hijo con el amor , y el Espíritu Santo con las luces de una gracia vencedora , que nos conduce sin sentir á la patria de gloria , la que no será fácil conseguir en medio de la confusion y anarquía en que pretenden envolvernos los materialistas del dia con la capa andrajosa de igualdad , libertad , y otras felicidades que solo existen en la raza depravada de ciertos filósofos , quienes jamás supieron leer otro libro que los miserables cartapacios de sus pasiones.

19. Finalmente , vivamos en paz los hermanos , y á todos los haremos hijos de Jesucristo , quien por su gracia nos trajo á la fe , como que es el fundamento de la esperanza , que nos consuela en medio de los azotes con que aflige en esta vida á los escogidos , sin que deje de castigar á los réprobos que no se conforman con nuestra paciencia y doctrina. El concilio nacional que el REY FERNANDO promoverá , tiene que contener el ímpetu furioso de los hereges que nos oprimen , al paso que acri-

solan nuestra constancia en seguir el fatal empeño de obligarnos á vivir sin Papa que nos dirija, sin Obispos que nos enseñen, sin Sacerdotes que nos auxilién, y sin Rey que nos gobierne como á la única grey, que no quiere de ningun modo tomar parte en la sociedad ni del judío, ni del herege, ni del libertino, ni del ateo, ni del constitucional en Córtes, ni fuera de ellas. No haya jamás entre nosotros mas carta fundamental que la que contiene los diez Mandamientos de la Ley de Dios, los cinco de la santa Iglesia, y las pragmáticas de nuestro REY FERNANDO, que vienen como en herencia indefectible de sus católicos progenitores: y con solo este ejército el carbonario retirará sus velas en Alemania, el ateo no osará abrir su boca en Francia, el liberal se verá avergonzado en España, y el radical ahogará su bárbara ambicion del otro lado de los mares, y desistirá sin remedio de seguir fomentando capciosamente discordias y descontentos en nuestras Américas. Sí: en este suelo católico se ve estrellado todo enemigo de Dios: aqui se estrelló en el año de 14 el coloso universal del mundo, despues de haber pisado con sus gavillas asoladoras los hermosos gabinetes de la Europa: aqui se estrellaron todos los planes de la masonería universal, que con trompeta de hierro asomó reunida en el año de 20: aqui murió el Sarraceno, el Moro, Arrio, y cuantos se atrevieron á hollar nuestro suelo y costumbres. A nuestra España todos la persiguen, y todos la defienden: todos la envidian, y nadie la disfruta sino su propio dueño; un hijo de BORBON es y será su Rey, y una MARIA SANTISIMA templa la tempestad de las heregías para que no la confundan, á pesar de que la aflijan para hacerla mas gloriosa y triunfante: esta verdadera Madre de Dios hecho hombre, es la que presentó en el mundo aquel leon fuerte de la Tribu de Judá, para que no obstante las acérrimas oposiciones de Satanás, conservase las reliquias del culto revelado, á fin de extenderlo en los últimos tiempos á las naciones engañadas por el loco capricho de pensar que Dios se da por satisfecho de nuestros obse-

quios, á pesar de que sean inspirados por la carne y por la sangre. Esta es la fortaleza inexpugnable del cristianismo español, cuyos habitantes llevan consigo la hermosa divisa de serviles, por ser obedientes hijos de la Iglesia, único depositario de la verdad, así como lo fue María del Verbo del Padre.







52